

UN PERIODISTA CON SENTIDO HUMANO Y POLÍTICO

# Paco Huerta

*¿Se acabó la opinión pública?*



**E**

l periodismo debe ser el apoyo para que el ciudadano sepa en qué país vive. Por eso el periodista debe preocuparse por dar al pueblo la información que necesita en vez de andar adivinando lo que los poderosos desean expresar. ● El periodista que no dice la verdad se convierte en “acarreado”. ● Cada aniversario de “Opinión Pública” el señor Presidente me recibía en su despacho y nos expresaba su apertura a la opinión pública y su propósito de apoyar y defender hasta el final de su mandato la libertad de expresión. ● A través de sus llamadas, el público demostró gran madurez política: nunca insultó a ningún funcionario, jamás usó lenguaje obsceno. Al paso del tiempo, eso sí, y conforme se iba agudizando la crisis manifestó con absoluta claridad su descontento.

—Yo no la pasé bien en la escuela. Siempre he sido miope y mis padres no tenían para comprarme lentes. Como soy alto, la maestra me sentaba en la fila de mero atrás y lógicamente no distinguía lo escrito en el pizarrón. Esto me causó problemas hasta que me senté junto a un compañero que tenía lentes: me los prestaba en ratitos. De todo lo que estudiábamos allí lo que más me gustaba era la historia patria. El capítulo de la Revolución me emocionaba y sugería toda clase de preguntas, que nadie supo contestarme entonces.

Entre mis compañeros tenía cierta popularidad por mi afición a hacer sketches. Era buen imitador y en los festivales mi número más brillante era la imitación del “Monje Loco”: “Nadie sabe, nadie supo, la verdad...” Casi siempre me inspiraba en las actuaciones de los payasos que trabajaban en Garibaldi. El personaje de mis sketches era invariablemente un pícaro que se valía de toda clase de tretas con tal de conseguir comida. Llegué a ver a los grandes cómicos de la época, “Palillo” y Cantinflas: me gustaban por su manera de criticar las cosas.

Ese ritmo de vida se rompió cuando murió mi padre, que sólo tenía 33 años. Recuerdo que iba a entrar a sexto. Esa desgracia nos desestabilizó todavía más. Personalmente me enfrentó con situaciones que entonces no comprendí cabalmente, pero que ahora interpreto como símbolo de la injusticia que siempre se comete contra los pobres. Mi madre era muy joven cuando quedó viuda. Rubia, de ojos verdes, despertó muchas tentaciones. El mismo abogado que le procuró la indemnización a que tenía derecho le hizo proposiciones indecorosas y al fin se quedó con la mitad de los tres mil pesos que mi padre nos dejó como único capital.

## SE APLICAN TODA CLASE DE INYECCIONES

—¿Su madre tenía algún oficio?

—No, pero siempre luchó para llevar dinero a la casa: cosía ajeno, aplicaba inyecciones y cosas así. A la muerte de mi padre tuvo que esforzarse más porque sola y con tres hijos, su situación se volvió gravísima. Como yo era el mayor pensé que mi obligación era ponerme a trabajar. Así lo hice.

—¿Abandonó la escuela?

—No, me pasé a la vespertina para terminar siquiera mi primaria. Como era sumamente delgado y miope tenía miedo de no conseguir

empleo y acepté lo primero que se me presentó. Fue en un taller mecánico donde me daban dos pesos a la semana y un montón de “cocos” y golpes cada vez que cometía un error. Ése era el trato que se les daba a los aprendices. Más tarde entré en un herrería. Era un trabajo pesadísimo: darle vuelta a la fragua y levantar el marro eran para mí hazañas casi imposibles. Fallaba en el golpe y entonces el maestro herrero me pasaba el hierro candente por las piernas. ¿Se imagina? Y yo, sin poder rebelarme, porque entonces perdía la chamba. Lo único posible era llorar y estar allí, en algún rincón, hasta que se le pasaba el enojo al maestro.

Mi mejor empleo en ese tiempo lo obtuve en una oficina del gobierno, donde me contrataron para componer máquinas de escribir. Allí aprendí taquigrafía y luego pude colocarme en telégrafos: era un secretario flaco, desgarbado y con los anteojos rotos, pero bastante bueno... Lógicamente descuidé la escuela. Mi maestro me decía constantemente: “Te voy a reprobar, andas mal...” Me dio miedo y decidí inscribirme en una nocturna: “así, si me reprueban en la tarde, a lo mejor me pasan en la noche”.

## EL TERROR DE MINA

—Entre el trabajo y la escuela ¿le quedaba tiempo para divertirse?

—Mi diversión era irme corriendo por toda la calle de Mina y tocar los timbres de todas las casas al grito de “Ya llegó el terror de Mina”. Esta falta inocente tuvo un día su castigo pues una de las casas donde toqué era de mi maestro. Me agarró de encargo pero también encontró la manera de desquitarse: cuando estaba aburrido me llamaba: “a ver, Huerta, pase al frente y hágame un sketch”. Vil chantaje: o lo hacía reír o me iba mal.

—¿Tenía algún proyecto para el futuro, pensaba, por ejemplo, dedicarse al teatro?

—Siempre me gustó la música clásica y desde luego la popular, por eso me inscribí en la Escuela Superior Nocturna de Música, que estaba en las calles de Academia. Lo mejor es que allí también impartían materias de secundaria.

—¿Qué instrumento eligió?

—El piano. Chamaco tonto, no me daba cuenta de que para ser pianista hay que tener uno en casa. En la escuela había cuatro, muy

destartalados, y para practicar en ellos era cosa de casi agarrarse a golpes con los otros compañeros. Mejoró mi situación cuando me hice amigo de una compañera, ya mayor, que vivía en la colonia Roma. En su casa tenía piano y me invitó a que fuera a practicar allá. Por las tardes me iba a su casa: "do-re-mi-fa-sol". y así, me quedaba un rato hasta que alguno de sus familiares iba a decirme: "Oiga, joven, ya estuvo bueno, ya párele ¿no? Como quien dice, me corrían y yo, me iba."

**-Sus sketches escolares fueron en realidad su iniciación en la literatura oral. ¿Escribía además otras cosas?**

-No. El día en que murió mi padre lo único que se me ocurrió fue escribir una serie de reflexiones mientras lo velaban. Ese fue mi gran desahogo frente a la brutalidad de la muerte. En aquel tiempo, más que escribir me gustaba leer: Zola, Dumas, Víctor Hugo, Papini, Wilde, Nietzsche, Gorki, Dostoiewski: esos eran mis ídolos. Y desde luego en mi alacena que me servía de librero nunca faltó Vargas Vila.

Entre la música y la lectura se despertó mi afición periodística. En la escuela de música decidí hacer un periodiquito mensual. Se llamó "Ritmo". Allí publiqué reportajes, artículos y una columna de chismes que firmaba con el seudónimo de "Violeta Pianín"... No se imagina lo que era publicar aquel periódico, que nadie quería comprarme. En vez de salir adelante económicamente iba para atrás, y como siempre el hambre me traía bien agarrado. Mi sola comida en todo el día era una torta, que tomaba hacia las dos de la tarde. A veces me permitía el lujo de comprarme un "envuelto": eran rollitos de papel de estraza rellenos con migajas y pedazos de pan. Era la gloria.

**-¿Pensaba que sus estudios musicales podían servirle como medio para mejorar su situación económica?**

-No. Todo era una ilusión. Con el piano fracasé y me cambié a la clase de violín porque un amigo me regaló uno, muy viejo. No aprendí nada de violín, pero en cambio me sirvió para colarme entre los músicos que entraban a ensayar a Bellas Artes. Gracias al violincito pude escuchar gratis la sinfónica. No estuvo mal. Si como músico fracasé en cambio no dejé de escribir en periódicos estudiantiles, donde no ganaba dinero. Todos mis ingresos los obtenía en Telégrafos.

## 1947: EL CLIENTE TIENE LA RAZÓN

**-¿Cuánto tiempo duró en Telégrafos?**

-Varios años, hasta que por azar pasé frente a la recién inaugurada tienda Sears de Insurgentes. Su aparición no sólo cambió mi vida, sino la de todo México. Nadie se ha puesto a analizar lo que significó que de pronto se abriera una tienda que vendía a crédito. Esto revolucionó el mundo comercial y creó una clase media. Las personas que nunca habían sido dignas de atención, los clientes que antes llegaban a las tiendas y con gran timidez se dirigían a los adustos propietarios españoles y judíos, de pronto se encontraron con que en una sola tienda se les brindaba toda clase de productos, se les daba crédito y además se les advertía que: "la satisfacción absoluta o la devolución de su dinero".

Sears revolucionó también el mundo del trabajo. Ese fue un mérito de sus dirigentes norteamericanos, que instituyeron la semana de cuarenta horas, los descansos para tomar café en la mañana y en la tarde. Ser un empleado de Sears significaba formar parte de una élite. Uno ya no era un vendedor común y corriente, sino alguien especialmente entrenado para ello. Los sueldos nos parecían fabulosos: seiscientos pesos mensuales o más. Aquello era la gloria. Anhelé conquistarla.

La mañana en que mi amigo y yo pasamos frente a la tienda decidimos entrar a pedir empleo. Nos lo dieron de cargadores: cuarenta horas de trabajo y novecientos pesos de sueldo. ¿Cuándo había tenido eso? Fui feliz, entre otras cosas porque ya no trabajaría en una oficina oscura ni en un taller maloliente sino en una tienda amplia, limpia, iluminada, llena de refrigeradores, lavadoras, ropa y toda clase de artículos para -supuestamente- vivir mejor.

## SÓLO PARA HOMBRES

**-Supongo que ese contacto con el mundo del consumo lo hizo llenarse de aspiraciones y deseos, e incluso modificó su relación con el barrio.**

-Naturalmente. Al ganar más empecé a vestir mejor y también a tener mejores relaciones sociales: mis compañeros no se insultaban ni agredían como en los talleres donde yo había estado, por ejemplo. Así, en las noches, volver al barrio me resultaba ya pesado. Mi único anhelo era huir. Sí, huir de ese mundo donde las frustraciones son espantosas. En aquel entonces no veíamos televisión ni el mundo ideal y rico que hoy nos presenta la publicidad. Pero escuchábamos el radio y también codiciábamos -sin esperanza alguna de poseerlas- las cosas que, según los anuncios, tenía la "gente bien". Para los pobres la frustración siempre ha sido la misma y en todos los niveles.

Nadie puede imaginar cuánto sufre un adolescente pobre que siente el despertar de su sexualidad. No hay orientación y las únicas vías de escape son muy sórdidas. Podíamos consultar la revista *Vea*, llena de muchachas en traje de baño; podíamos comprar **Sólo para hombres**, una publicación infecta donde, según los dibujitos, el acto sexual era algo horrible y grotesco. Los muchachos que tenían algún dinero podían satisfacerse bailando con las ficheras, que cobraban veinte centavos la pieza. Los "ricos" iban con las prostitutas de la calle del Órgano, lo cual era también espantoso. El resumen, el despertar al sexo limpio, natural, bonito era -y creo que por desgracia lo sigue siendo- un privilegio para jóvenes de las clases media y alta.

## BARRIO BRAVO

**-¿Qué era lo que más le chocaba del barrio?**

-La violencia, que era salvaje. Yo pertenecía a una palomilla porque eso me garantizaba cierta protección. Conocía su idioma, sus juegos, sus gustos y aunque a veces no estuviera de acuerdo estaba obligado a asumirlos. Recuerdo que una de las diversiones de "la paloma" era irse a los cines baratos -el "Isabel" o "El Modelo". Allí los pandilleros se dispersaban y aguardaban la llegada de un pobre homosexual, a quien le permitían algunas libertades. Al fin, fingiendo ofensa, todos agredían a golpes al desviado. Ese juego salvaje y peligroso era una diversión, no le parece horrible?

No niego que también en el barrio hay ternura entre la gente. Frente a nuestra casa vivían dos homosexuales que daban hospedaje a estudiantes provincianos. Uno de ellos, al que creo llamábamos "Varita de Nardo" se sentaba a tejer en el quicio de su puerta. Platicábamos con él porque era muy buena persona. A veces lo veíamos triste y le preguntábamos: "¿Qué te pasa?" "Es que se me fue el muchacho que yo tenía. Ni modo: si los hombres abandonan a las viejas, pos continúas a un putito".

Muchas veces teníamos problemas con la policía. Los de "la paloma" frecuentábamos un futbolito que estaba junto al Follies. Seguido llegaban dizque a aprehendernos por algún delito que los mismos policías nos inventaban. Sabíamos que era una treta para sacarnos dinero. Todo eso -miseria, violencia, arbitrariedad- representaba un contraste demasiado fuerte e intolerable frente al "mundo bonito" de Insurgentes o la tienda.

## DO YOU SPEAK ENGLISH?

**-Las condiciones de trabajo ¿eran igualmente favorables para los mexicanos o los norteamericanos que laboraban en Sears?**

-Siempre hubo una velada discriminación. Lo vi en mi caso: llegué a ser jefe de un departamento, tenía derecho a ocupar el puesto superior inmediato. Cuando quedó vacante lo solicité. El jefe, un tejano algo rudo, me llamó y me preguntó: "¿Sabes inglés?" "No", le dije. "Entonces no puedes tomar ese puesto..." Esa medida era una forma de asegurar que en los puestos de mando más altos hubiera, casi siempre, norteamericanos.

El rechazo me dolió. Pedí que me enviaran a los Estados Unidos para aprender inglés. Sears me mandó en 1956 a la sucursal de Chicago, pero regresándome a mi condición de cargador. Mis compañeros eran puertorriqueños, negros y mexicanos. Estos últimos eran casi enemigos: no querían hablarme en español y siempre se burlaban de mis anhelos de convertirme en "alguien".

En Sears de Chicago el sueldo era poco, así que entré a trabajar también en la WAY -repartía las toallas y jabones a los bañistas- y al mismo tiempo a una academia donde daba clases de español. Nunca dejé de soñar: anhelaba convertirme en un ejecutivo. Así se lo hice saber al vicepresidente de Sears que se asombró y me advirtió: "Para llegar a serlo deberás pasar muchas pruebas". Acepté el reto, salí bien y me convertí en director de embarques para Latinoamérica.

Era trabajo de escritorio, papeleo infinito: se necesitaban veintitantos machotes distintos para hacer los embarques. Me puse a estudiar el mecanismo y al fin lo reduje a tres machotes, lo que significó agilidad y ahorro de tiempo y dinero para la empresa. Me dieron un premio y un reconocimiento: foto sonriente en los periódicos y cosas por el estilo.

**-¿No pensaba regresar a México?**

-Claro que sí, y mientras estuve en los EU jamás perdí la perspectiva de la relación tan desigual de la potencia respecto a Latinoamérica. Regresé a México en 1960 y me convertí en jefe de la estación de servicio de Sears, que estaba prácticamente quebrada. La levantamos. Más tarde me enviaron a las sucursales de Puebla y Jalapa, como gerente.

## EL DIARIO DE VERACRUZ

**-¿Olvidó sus anhelos de ser músico y de escribir?**

-La música se me quedó en el recuerdo, pero el ansia de escribir no. En mis ratos libres enviaba colaboraciones al diario de Jalapa. Entonces conocí a su director, Rubén Pabello Acosta. A él le debo mucho: me tuvo confianza y al fin me convirtió en director de su nuevo periódico: **El Diario de Veracruz**. Por supuesto renuncié a Sears y a las ventajas de ser su empleado -caja de ahorros, antigüedad, retiro- para convertirme en lo que siempre anhelé ser: periodista.

**-¿Tenía idea de cómo dirigir el Diario?**

-No, pero trabajaba con ganas. Escribía mucho: artículos políticos, de sociales, deportes, nota roja...

**-De todos esos géneros ¿cuál le resultaba más difícil?**

-El género político. Es difícil hablar con la verdad, transmitir el mensaje político sin convertirse en acarreador de demagogia. Los domingos era el día de descanso de los reporteros, así que me tocaba cubrir la sección policial. Eso era espantoso, pero me enfrentó a la realidad, casi siempre injusta. El caso que más me golpeó fue el de un niño que murió de rabia. Su madre me contó después cómo habían sucedido las cosas: "Cuando supe que a mi hijo lo había mordido un perro le dije que llevara al animal al antirrábico. No lo atendieron, que porque era sábado y se regresó a la casa. En el ba- (Sigue en la página 70)